
Reseñas de Libros

DAVIES, NIGEL. *Sacrificios Humanos*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1983.

"Por aquel tiempo, yo, como muchos otros, tendía a pensar que las ofrendas humanas eran una especialidad azteca, algo raramente igualado en el Nuevo Mundo y menos aún en el Viejo. Pero conforme iba enfrascándome en el estudio de los aztecas y empezaba a compararlos con otros pueblos, pronto advertí que tal forma de sacrificio era una herencia común al género humano, algo presente en todos los continentes y en todas las épocas".⁹

Del conocimiento de Davies del pasado prehispánico de México, en sus últimos siglos, han resultado varios libros muy valiosos. En sus estudios, el autor tropezó frecuentemente con los cruentos rituales mesoamericanos. Y, la necesidad de explicarlos, le puso en contacto con las prácticas realizadas en otros lugares. Los resultados de esa investigación forman este volumen.

En él se habla del sacrificio humano desde una perspectiva amplia. Se contemplan los diversos contextos y maneras en que era llevado a cabo. Y se consideran las motivaciones. Como señala el autor (p. 58):

"En términos generales, a lo largo de toda la historia del género humano, el sacrificio, la venganza y la justicia penal no han sido ideas distintas, sino diferentes facetas de un mismo proceso, que fue necesario no separar para proteger al estado contra las iras de los dioses".

Así, conciernen al tema tanto las sectas asesinas de la India, como las grandes ceremonias en las que se enviaban mensajeros a los antepasados de Dahomey, los sacrificios aztecas, los autos de fe de la Inquisición, los ritos funerarios reales de Ur o China, el sacrificio de las viudas en la India, y los sacrificios bíblicos, incluido el no consumado de Isaac, por su padre, Abraham.

Davies procura analizar los rituales en función del contexto que los produce, fuera del cual quedan en meras crueldades. En su estudio no falta el canibalismo, frecuente anexo del sacrificio. Y, claro, dedica un capítulo a las prácticas aztecas, en el cual rebate las tesis proteínicas de Harner. Tras su éxito inicial, apoyado por Marvin Harris, Harner ha recibido la oposición de casi todos los especialistas.

La antropofagia es considerada un rito adicional:

“No se trataba de matar al hombre para comérselo, sino de comérselo porque había sido sacrificado”. (p. 292).

Y estas prácticas obedecen a motivaciones que los occidentales no compartimos. Es interesante lo que señala sobre el consumo de los cuerpos de los familiares fallecidos.

“Christian Spiel observa, con razón, que a nosotros nos repele la antropofagia, pero ese es nuestro punto de vista occidental. El de ellos era diferente, creían que sus parientes eran más felices dentro de sus estómagos que abandonados a los gusanos”. (p. 173).

Los temas que forman el libro son considerados de mal gusto en la civilización occidental, pero la no descripción detallada de los rituales amortigua los efectos de este macabro desfile, en el que los mojigatos europeos no resultan bien parados. Es cierto que en la tradición de la Europa occidental el canibalismo es infrecuente. Sólo se produce en situaciones extremas, como naufragios, accidentes etc., o en contextos rituales en forma simbólica: la Eucaristía católica es la ingestión del cuerpo de Cristo. Las formas de sacrificar al hombre en la Europa Moderna eran múltiples, y no siempre hacían alusión a los dioses. La opinión de Davies a este respecto se pone de manifiesto en varios pasajes:

“Ya fuera en la India, en el sudeste de Oceanía, Africa o la América precolombina, la inmolación de hombres para apaciguar a los dioses continuó sin disminución hasta la llegada de los europeos, *cuyas crueldades eran de otra clase*”. (p. 83) (Subrayado: JLR).

Y la relación con la muerte violenta en nuestra cultura es objeto de reflexión en las últimas páginas. Una recapitulación a la que debe seguir el exámen de conciencia del propio lector, a quien no se le debe escapar que las hecatombes provocadas por el hombre moderno superan con creces todos los sacrificios conocidos, y los ejemplos son del dominio público: sangrientas guerras civiles, como en México y España, revoluciones, y sobre todo, la II Guerra Mundial, con su clímax en Hiroshima y Nagasaki. Cedamos la palabra a Davies antes de terminar.

“Las actitudes de nuestros días ante la muerte son ambivalentes. Por una parte, nuestros médicos luchan para prolongar la vida de una persona afectada de una enfermedad crónica, aunque sea por unos pocos días. Pero, al mismo tiempo, aceptamos con un mero y resignado encogimiento de hombros las noticias de muertes en masa, siempre que sucedan en lugares suficientemente alejados de nuestra casa. Esa indiferencia puede ser en parte resultado de nuestra exposición diaria a una nueva infinidad de formas de violencia. El principio puede ser el mismo para una de las madres que llevaban a sus hijos a ver un sacrificio colectivo en la capital azteca, que para los padres modernos que ponen a sus retoños ante el televisor para contemplar una interminable serie de batallas, con armas de todas clases. Sólo la cantidad y la frecuencia difieren, pues se ha calculado que, en los Estados Unidos, un niño, antes de dejar atrás la infancia, ha sido testigo de un promedio de 36 000 muertes simuladas en la televisión. La emoción de ver matar a otras personas se nos ofrece hoy en unas proporciones jamás alcanzadas en otros tiempos y, por lo que respecta a los niños, puede resultar poco clara la distinción entre la muerte ficticia y la muerte real, entre la salsa de tomate y la muerte verdadera” (p. 311).

En definitiva, recomendamos la lectura de *Sacrificios Humanos*, que contra lo que su portada (un sacrificio azteca) y título, puedan sugerir, no es una sucesión de escenas san-

grientas sádicamente descritas. Así que los amantes de la sangre tendrán que seguir acudiendo al cine para saciarse.

Davies no se detiene en el detalle de los ritos, sino que busca sus causas. Y, aunque no sea un propósito declarado, a través de la exposición de diferentes técnicas y motivos esgrimidos para acabar con nuestros semejantes, trata de que veamos la viga en el propio ojo.

Un pequeño comentario sobre la traducción española. Algunos detalles son susceptibles de mejora, lo que terminaría de redondear el libro: en Cempoala había un señor, al que Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo llamaron el "Cacique Gordo". En inglés se ha usado la palabra *chief*, para designar tanto a los caciques antillanos como a los *tetecuhтин* nahuas, así como al término "principal", por el que los cronistas tradujeron *tecuhтли*. De la misma forma, judía es, en efecto una traducción del inglés *bean*, pero esta palabra está aquí empleada para traducir el mexicanísimo frijol. Por último, no nos parece que *Great Custom* pueda traducirse por Gran Costumbre. Alguna otra acepción de *custom*, similar a pago o consumo, puede resultar más correcta, aunque aquí, ante el desconocimiento del término exacto dahomeyano no podamos precisar. La retraducción de lo que el autor original, en su momento, tradujo, produce, a veces, estas malas jugadas.

José Luis de Rojas
El Colegio de Michoacán

ALFONSO NORIEGA CANTU: *Las ideas políticas en las declaraciones de derechos de las constituciones políticas de México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984. 309 pp.

Otro libro de Alfonso Noriega, compuesto de partes de otros de sus libros y de trabajos publicados ya hace años, es lo que se nos entrega ahora bajo tan sugestivo título. La novedad, aduce el autor, es el hilo que hilvana esas páginas: la búsqueda de antecedentes ideológicos y el llamado de atención sobre las circunstancias en que se hicieron las declaraciones en diversos momentos de la historia constitucional de México.